

Edificarnos unos a otros

***Versículo clave: “Todo me es lícito, pero no todo conviene; todo me es lícito, pero no todo edifica.”
— 1 Corintios 10:23***

***Escrituras
Seleccionadas:
1 Corintios 10:23-33***

MEDIANTE LA influencia iluminadora del Espíritu Santo de Dios, hemos llegado “a la gloriosa libertad de los hijos de Dios”. (Rom. 8:21) Por lo tanto, los seguidores del Señor no están sujetos a ninguna ley, excepto que amaremos al Señor con todo nuestro corazón, alma, mente y fuerzas, y amaremos a nues-

tro prójimo como a nosotros mismos. —Marcos 12:29-31

Sin embargo, nuestra carne caída es débil. (Mat. 26:41) Nuestro juicio humano defectuoso tiende, a veces, a distorsionar nuestro uso de esta “libertad”, lo que puede resultar en causarnos daño a nosotros mismos y a otros, y no estar en la gloria de Dios. Antes de nuestro Versículo Clave, Pablo señala cómo Dios había liberado a la nación de Israel de la esclavitud en Egipto, pero que, posteriormente, debido a su falta de aprecio y lealtad a Dios, les permitió morir por sus ofensas. Pablo advierte que nosotros también, habiendo sido liberados de la esclavitud de Satanás, debemos tener mucho cuidado en cómo usamos nuestra recién obtenida liber-

tad en Cristo, citando el pobre ejemplo de Israel como lección. —1 Cor. 10:1-14

Pablo continúa con las palabras registradas en nuestro Versículo Clave, al afirmar que, si bien “todas las cosas son lícitas” para los seguidores del Señor conforme a las leyes creadas por el hombre en las naciones actuales, hay muchas cosas que serían imprudentes y contrarias al desarrollo espiritual de nosotros mismos y de los demás.

Cuando Pablo nos dice que “no todas las cosas edifican”, está hablando de aquellas cosas que estarían dentro de nuestro derecho, pero que, si se hicieran, no nos edificarían, desarrollarían ni nos beneficiarían a nosotros ni a otros desde un punto de vista espiritual. Tales cosas podrían resultar en una pérdida de nuestro tiempo consagrado y, si se practican en forma periódica, podrían incluso resultar en nuestra regresión espiritual. Nuestro amor supremo por Dios y nuestro amor por nuestro prójimo deben vincularnos únicamente a pensamientos y acciones que sean edificantes para nosotros mismos, útiles para los demás y para la gloria de nuestro Padre Celestial.

Hubo una prueba especial para los hermanos en los días de Pablo. La costumbre entre muchos adoradores no cristianos era ofrecer animales como sacrificio a los ídolos, entregando cadáveres a sus líderes religiosos que, a su vez, los vendían a los carniceros en los mercados públicos. En consecuencia, para quienes comían carne, era muy difícil evitar comer carne ofrecida a los ídolos. Esto se convirtió en un problema grave, ya que algunos cristianos consideraban que estaba mal comer esa carne, mientras que otros se daban cuenta de que el ídolo no era nada y, por lo tanto, comer carne no estaba mal.

Cuán amorosa es la esencia del consejo de Pablo. “Nadie debe buscar su propio bienestar, sino el del prójimo. Coman todo lo que se venda en el mercado de carne sin plantear ninguna duda por motivos de conciencia. ... Sin embargo, si alguien les dice: Esto fue ofrecido en sacrificio, no lo coman, tanto por consideración al que se lo dijo, como también por motivos de conciencia. ... Su conciencia, no la de ustedes”. (1 Cor. 10:24-29, *Versión Estándar Internacional*) Aquí Pablo muestra que debemos evitar hacer cualquier cosa que pueda hacer tropezar a los seguidores del Señor.

Este noble espíritu muestra los límites de la ley cristiana de libertad. Nuestro amor debe ser siempre generoso, considerado con los intereses y los sentimientos de los demás, y deseoso de “hacer todo para la gloria de Dios”. —1 Cor. 10:31 ■